

Servidumbres de goce* ⊗

Alejandra Antuña

... la elucubración freudiana del complejo de Edipo, que hace de la mujer pez en el agua, por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar como mujer más sustancia que de su padre -lo que no va con su ser segundo en este estrago.

Jacques Lacan¹

La familia, sea cual fuera la forma que esta adquiera, es el lugar donde el ser hablante se constituye como tal. Encontramos allí los significantes a los cuales el sujeto se habrá identificado y las condiciones de amor y goce que guiarán sus elecciones de objeto. Somos hablados por la familia, incluso antes de que nosotros podamos hacerlo, y en ella nos confrontamos al deseo del cual somos hijos.

Pero, por otro lado, la familia –tal como nos enseña Lacan– es un sueño del neurótico por estar al servicio de velar la relación sexual que no hay. De qué gozan el padre y la madre es el secreto, lo no dicho, alrededor del cual se sostiene la familia, nos dirá J.-A. Miller en “Cosas de familia en el inconsciente”. Hace unas clases atrás, Mónica Torres nos recordaba que en el año 2010, habíamos trabajado estos temas en el seminario de *Enlaces* que titulamos “La familia, entre el semblante y el secreto de goce”. Tomando la etimología de la palabra “familia” –que proviene de “*famulus*”, que significa siervo, esclavo– M. Bassols agrega que el sujeto se hará en principio siervo de ese secreto de goce, lo cual puede constatarse en las veces que este secreto familiar retorna en los síntomas del niño.

En su libro “Modos de hacer familia. Ni típica ni edípica”, Blanca Sánchez trabaja con claridad y precisión este artículo de Bassols –el artículo se titula “*Famulus*” y está publicado en la *Enlaces* 23– y a partir de allí, comenta distintas formas de servidumbres respecto a la familia según como se la piense.

La primera servidumbre que toma es la del falo que se corresponde a la familia planteada desde el período de la enseñanza de Lacan que Miller llamó la “significantización” del goce. Es la familia tomada desde la perspectiva edípica, que

* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* “La familia ¿aún?”. Clase “Las servidumbres de goce”, 6 de junio de 2022.

⊗ En la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “La lengua como Otro” de Pablo Russo y “¿Transmisión... o parentalidad?” de Marcela Ana Negro.

Lacan formaliza en ese momento con la metáfora paterna. Si el falo es el significante del deseo del Otro, se trata de cómo cada sujeto se posiciona (y se somete) respecto de él.

Pero la época exige que pensemos a la familia desde otro punto de vista. Ya no estamos bajo el régimen del orden simbólico, en donde el Nombre del Padre tenía cierta eficacia en la regulación del goce, sino que lo que comanda hoy son los diversos modos de gozar que surgen sobre el fondo de la no relación sexual y, a partir de los cuales, se conforman las familias. La familia patriarcal se revela hoy como un artificio más, subordinado a ese real de la no relación.

Pero además, incluso si pensamos la familia en la sociedad patriarcal, donde lo que ordena los intercambios es el significante del falo –el intercambio de mujeres entre los hombres y el intercambio del falo por un hijo para las mujeres–, no podemos dejar de lado la presencia de ese Otro goce, el femenino, que escapa al significante.

Es por esto que Bassols planteará que hay que pensar a la familia no tanto como un sistema simbólico sino por el goce que habita en ella. La familia –dice Bassols– es “un aparato de goce, un modo de resguardar el secreto del goce como innombrable, incluso como abyecto”.² Secreto de goce familiar que vela el *héteros* del goce femenino. Y, como ya dijimos, el sujeto con su goce se hace siervo de la familia.

Freud vislumbró que no todo en la familia puede ser explicado por el complejo de Edipo al comprobar la importancia en la niña del lazo temprano con la madre, lo que hace que plantee que en ella el Edipo es secundario. Es la paradoja que señala Lacan en la cita de “El atolondradicho” que tomé como epígrafe: todo haría suponer que ella, en tanto está castrada desde el inicio, se volcaría sin más hacia el padre; pero se constata que esto no es así: la intensidad de lo que ella espera de la madre es superior a lo que ocurre con el padre; la consecuente decepción y la hostilidad que provoca serán igualmente intensas. Freud señala que esta ligazón temprana de amor-odio con la madre es fuente de fijaciones duraderas que tendrán incidencias en el futuro de la mujer. Podríamos agregar entonces a nuestra lista de servidumbres de goce que tienen su origen en la familia esta relación madre-hija que, tal como dice Lacan, puede llegar hasta el estrago.

Un testimonio de esta servidumbre lo encontramos en el último libro de María Negroni, *El corazón del daño*.

Es un libro dirigido a una madre que ya no está. Escrito en primera persona y ocasionalmente en segunda persona cuando se dirige a ella.

En pocas páginas, recorre las vicisitudes de la vida de la autora en pequeños fragmentos: su infancia en distintas ciudades y casas, su adolescencia, su juventud signada por la militancia en los años 70, la maternidad, la clandestinidad y los años de plomo, una década de residencia en Nueva York, las consecuencias del divorcio con su compañero, y así hasta llegar a la enfermedad y muerte de su madre. Y todo esto sobre

el fondo de la presencia inextinguible de esa madre. (“cómo alguien existe, hasta cuando no está”,³ se pregunta Negroni sobre el final del libro)

Entre estos fragmentos que recorren su vida, intercala reflexiones sobre la escritura, la lectura, sobre la literatura en general, las hay suyas y de otros autores así como también va tomando citas de sus libros anteriores.

Podría decirse que la suya es una escritura minimalista: frases cortas, que no abundan en detalles y que van al meollo de la cuestión.

Lo que primero me llamó la atención de este libro es la manera que tiene de presentar a la madre: salvo algunas brevísimas descripciones y el relato de algunas escenas –breves también–, la madre se hace presente –y de una manera contundente– por sus dichos, expresiones o por algunas palabras sueltas, que generalmente cierran esos fragmentos de escritura. “La palabra *tupadre* (escrito todo junto)”, “la expresión *No contestes*”, “La palabra *incordio*”, “la expresión *Allá vos*”, “*No pongas esa cara*”, “La palabra *buche, tilinga*”, “*ni que fueras retardada*”, son solo algunos pocos ejemplos de los que abundan en el libro.

La madre (“la ocupación más ferviente y más dañina de mi vida”. –dice la autora– “Nunca amaré a nadie como a ella”)⁴ es descrita como una mujer hermosa y coqueta, y a su vez, atormentada y sufriende por el asma, un poco loca y bastante déspota, como se desprende de sus dichos. Ante esa madre, una niña atemorizada y también sufriende que intentaba interpretar los silbidos del pecho materno, aplicada y sobresaliente en todo lo que emprendiera (aunque nunca pudiera colmar las expectativas de esa “esa reina insatisfecha”⁵), una niña obediente que encontraba cierto refugio lúdico y alivio en los libros (“nunca nadie eligió los libros que leía”),⁶ en fin, una muñeca... “¿Por qué supe tan tarde que obedecer no es una virtud?”,⁷ esta es una pregunta que recorre el libro. Un día, la muñeca, en el fragor de aquellos revoltosos años en los que le tocó ser joven, despierta de esa infancia mortificada, se enamora de la vida (como ella misma dice) y se va de la casa familiar, dando un portazo. Por años no ve a su madre. Pero esta rebeldía no es más que la contracara de aquella obediencia: “¿Buscaba en realidad ser hija para siempre?”,⁸ se pregunta. Obediencia y rebeldía, amor y odio, dos caras de una misma moneda: “el odio es lo que parece: un amor herido”,⁹ dirá en referencia a las pasiones que le despierta su madre. Lacan resalta estas dos caras juntándolas en una sola palabra: *odioenamoramiento*.

Negroni recorta dos escenas infantiles que marcaron su vida.

Una madrugada, la niña de 6 años es arrancada repentinamente de su cama y así como está, con un abrigo sobre el pijama, es llevada por la madre a buscar al padre al club donde este jugaba al póker con sus amigos. Hay un recuerdo posterior ligado a esta escena, a los 13 años, donde nuevamente es arrastrada por su madre a una cita de reconciliación de esta con su padre después de un periodo de separación. “Mi madre me da instrucciones precisas para la reunión. No te muevas de escuchar. Tenés que grabar bien en la cabeza las promesas de *tupadre*, las habrá”.¹⁰ Compelida a ser una testigo

muda del malentendido entre los padres, veremos más adelante cómo se las arregla con esto.

En la segunda escena, la niña juega frente a un espejo a insinuar un escote. En ese momento, escucha el llanto de su madre. “Un llanto antiguo, gutural, reacio a todo amparo”,¹¹ describe Negroni. Un llanto que abre un enigma sobre el goce de su madre. ¿Por qué llora esa mujer? es una pregunta sin respuesta. El dolor de su madre justo en el momento en que algo de la sensualidad de la niña se ponía en juego. La niña se cubre los senos, promete no mirarse más al espejo, vuelve a su cuarto y baja la persiana. Bajar las persianas, construir muros, es algo que será una constante que repetirá a lo largo de su vida, según la autora.

¿Cómo salir de este atolladero, cómo librarse de estas servidumbres? Encuentro la respuesta en dos puntos que sitúa Negroni y que, creo, son la enseñanza de este libro.

Voy a citarla nuevamente:

“Digamos que fuiste la peor de las mejores cosas que me sucedieron. No me di cuenta de lo más obvio: fui yo, tu sublevada hija, la más incorregible, la que amó sin tregua tu exigencia. La que tuvo un hambre insaciable y se aferró a la lengua umbilical y se comió entera a la Araña Materna [...] La que se ató a tus abusos para armar su propia escena enfermada...”.¹²

Hay en este párrafo un responsabilizarse del propio goce, no se trata allí de las características de esa madre, sino de lo que la hija ha tomado y amado de ella. El libro lleva como epígrafe una frase de Clarice Lispector, “Voy a crear lo que me sucedió”. Por supuesto que es un epígrafe aplicable a la literatura pero también podríamos decir –y este libro es un ejemplo de ello– que es aplicable a la ficción con la que nos contamos nuestras vidas y que encubre nuestro goce. Negroni con Lispector parece decirnos que en lo que nos sucedió, lo que incluye a nuestros padres, siempre hay algo de una marca propia.

Entonces diría que una de las maneras de salir de ciertas servidumbres es la de responsabilizarnos de nuestro propio goce más allá de las ficciones que lo recubren.

El segundo punto que me parece interesante destacar es lo que le ocurre a esta niña cuando está en la escena de reconciliación de sus padres, la salida que encuentra para no quedar atrapada, para no quedar bajo la servidumbre de ser la testigo muda. No los soporta, quiere que se callen, que la dejen en paz y de repente, se encuentra repitiendo para sí misma palabras sin sentido: *milkiabar, tapioca, cachivache, cartulina, simulcop...* “Ese refugio es la antesala de la poesía. La poesía, lo entenderé después, no tiene interés en temas ni en personajes. No cuenta historias. No inventa mundos. En el ruido de hoy, da a escuchar un silencio. Enseña a preguntar y a perderse. Reemplaza lo que no hay por la alegría, acaso incongruente, de intentar nombrarlo”.¹³

Negroni comienza su carrera literaria escribiendo poesía, una manera de poder silenciar a esa madre, que ella misma definía como la dueña del lenguaje.

Bibliografía

- Freud, S., “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915), *Obras completas*, Vol. XIV, Amorrortu, Bs. As., 1992.
- Freud, S., “Sobre la sexualidad femenina” (1931), *Obras completas*, Vol. XXI, Amorrortu, Bs. As., 1992.
- Freud, S., “33ª conferencia. La feminidad” (1933), *Obras completas*, Vol. XXII, Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aún*, Paidós, Bs. As., 1991.
- Lacan, J., “El atolondradicho” (1972), *Otros escritos*, Paidós, 2012.
- Miller, J.-A., “Cosas de familia en el inconsciente”, revista *Mediodicho*, n° 32, “Maldita familia”, Córdoba, agosto de 2007.
- Bassols, M., “*Famulus*”, revista *Enlaces*, n° 23, Grama, Bs. As., agosto de 2017.
- Sánchez, B., “Modos de hacer familia. Ni típica ni edípica”, *Cuadernos del ICdeBA*, n° 27, Bs. As., 2021.
- Negroni, M., *El corazón del daño*, Literatura Random House, Bs. As., 2021.

Notas

-
- ¹ Lacan, J., “El atolondradicho” (1972), *Otros escritos*, Paidós, 2012, p. 489.
- ² Bassols, M., “*Famulus*”, revista *Enlaces*, n° 23, Grama, Bs. As., agosto de 2017, p. 66.
- ³ Negroni, M., *El corazón del daño*, Literatura Random House, Bs. As., 2021, p. 143.
- ⁴ *Ibíd.*, p. 11.
- ⁵ *Ibíd.*, p. 29.
- ⁶ *Ibíd.*, p. 95.
- ⁷ *Ibíd.*, p. 57.
- ⁸ *Ibíd.*, p. 69.
- ⁹ *Ibíd.*
- ¹⁰ *Ibíd.*, p. 56.
- ¹¹ *Ibíd.*, p. 50.
- ¹² *Ibíd.*, p. 70.
- ¹³ *Ibíd.*, p. 58.